

vo de la Santa Cruz, triunfo que veía acercarse, y que compensaba sus sufrimientos por las detenciones que experimentaba la realización de su empresa.

No es extraño que los últimos momentos que precedieron á la conquista de Granada llenaran de entusiasmo su corazón.

Aquella lucha parecía fabulosa, aun á los mismos que la llevaban á cabo.

Los árabes, destrozados en su mismo seno por las luchas civiles, peleaban con el denuedo que da la fe, pero al mismo tiempo con el corazón lleno de amargura.

Los zegríes y los abencerrajes, en abierta lucha, fabricaban con su odio las cadenas con que sus conquistadores debían cargar sus pies.

Boabdil el Chico, último rey de Granada, se vió obligado, no solo á entregar las llaves de la ciudad, á rendir pleito homenaje á los reyes Católicos, á abandonar aquel eden donde había pasado los mejores años de su vida, sino que en el momento de partir de aquel oasis veía separarse de su lado á la sultana Moraima, á la prenda querida de su corazón, para abrazar la religión cristiana.

Las causas que motivaron esta resolución de la reina árabe, constituyen una de las más preciosas tradiciones del reino granadino, y aunque ajena á la historia de nuestro héroe, impresionó fuertemente su ánimo, y bien merece que hagamos una digresión para referirla á nuestros lectores.

“Las tradiciones granadinas,” libro bellissimo, refiere sobre poco más ó menos en estos términos la tradición á que aludimos, origen de las guerras intestinas de los árabes, y causa de que, al partir de Granada, tuviera Boabdil que perder á su esposa.

CAPITULO XXXVI.

Zegríes y abencerrajes.

EPISODIO.



LEGIDO Boabdil, rey de Granada por los de su bando, quiso inaugurar su segundo reinado con fiestas y zambras.

Jamás se celebraron en esta ciudad las diversiones que entónces.

No pasaba día sin que se corriesen cañas en la plaza de Bib-Rambla, en las que lucían sus esbeltos y airosos talles los apuestos moros de los diversos y nobles linajes de que se componía su corte.

También en el palacio real de la Alhambra, en el de los “Alijares,” labrado por Muley-Hacen con todo el lujo de que es susceptible el orgullo asiático, y en el recreo de Generalife, sucedíanse con frecuencia las zambras, sin que hasta entónces el más leve motivo hubiese turbado la fraternidad que reinaba entre los Alhamares, Abencerrajes, Gomeles, Mazas, Azarques, Gazules, Alabeces, Venegas y Zegríes, que eran los linajes más esclarecidos de Granada.

Corría el año de 1491.

Boabdil, á quien llamaban el Rey Chico, había dispuesto una brillante fiesta para celebrar el restablecimiento de las heridas que el maestre de Calatrava, don Rodrigo Tellez Giron, hiciera á su hermano Muza, hijo bastardo del rey Hacen, en singular combate á que le retara pocos días ántes en la Vega

Hallábase la flor de la nobleza de Granada reunida en el palacio de la Alhambra.

Allí se veía á la reina Moraima, esposa de Boabdil, rodeada de sus damas, Fátima, Daraja, Galiana, hija del alcaide de Almería, y gran número de esclavas, haciendo todas gala de su hermosura y riquezas.

Conversaban entre sí los musulmanes, excepto Muza, que arrimado á un ajimez, entreteníase en hacer un ramillete de las delicadas y aromáticas flores que había cogido en los jardines del palacio, fija su vista en Daraja, á quien amaba con delirio.

Y sin embargo, no era correspondido.

El Abencerraje Abenamar gozaba de los favores de la linda doncella, por cuya causa le aborrecía Muza.

Ordenó el rey que comenzase la danza, y al són de chirimías y dulzainas ejecutaron las damas y musulmanes un gracioso baile, en que tomaron parte casi todos los caballeros.

Concluido aquel, y apenas Daraja tomó asiento cerca de la reina, cuando se presentó un pajecillo, y ofreciéndola un bonito ramo de flores:

—Hermosa Daraja, la dijo, mi señor Muza me envía para que os entregue este ramo, y os ruega que os dignéis aceptarlo, porque con él os envía su corazón.

Turbóse la sarracena al oír aquellas palabras, é indecisa en su resolución, miró á la reina, quien habiendo escuchado al pajecillo, le indicó con la cabeza que lo tomara.

Obedeció Daraja, y tomó de las manos del paje el lindo ramillete.

Ufano de su triunfo Muza, que desde lejos había presenciado esta escena, acercóse á los otros moros y solicitó se volviera á empezar la danza.

No tardó en oírse una grata armonía, y todos se dispusieron de nuevo al baile.

Dirigióse Muza á sacar á la que amaba.

Ya era tarde.

Se le había adelantado Abenamar, que celoso por haber admitido el ramo su amada, deseaba una ocasión en que manifestarla sus quejas.

—No creyera, la dijo despechado, que una mora bien nacida admitiese finezas de otro que de su amante.

—¿Crees acaso que obré impulsada por mi corazón? ¡Qué ingrato eres al juzgarme así!

—¿Pues quién te impidió rehusar?

—La reina me ordenó aceptarle.

—Necesito una prueba que me convenza.

—¿Esta en mi mano?

—Sí.

—Habla.

—Entrégame ahora mismo ese ramillete,

—Tómalo.

Y al decir esto alargó el ramo al abencerraje.

Pero apenas estuvo en su poder, cuando una robusta mano lo arrancó con furia de las de Abenamar.

Era Muza que había presenciado aquella escena.

—¡Vil caballero! ¡Musulmán desdichado! ¿Cómo te atreves á tomar un ramo que mis propias manos se han entretenido en tejer, y que yo mismo he dedicado á Daraja? ¡Miserable! Desde ahora te declaro cobarde é infame, como á toda la raza á que perteneces.

—¡Muza! exclamó pálido de rabia el abencerraje. ¡No porque corra en tus venas sangre real has de tener derecho para insultar á un caballero ni á su noble linaje! ¡Sabe que el más débil de ellos, si es que puede haber alguno, no sufrirá los denuestos de ningún moro, ni aun del mismo rey, porque además de que

siempre han sobresalido en valor y pujanza, es la tribu más noble de toda la corte!

—¡Miente quien tal diga! interrumpió un zegrí. Gusanos inmundos son los abencerrajes para nosotros. Nuestra tribu es la más noble de todas, pues descende de los reyes de Córdoba.

—Sí, sí, exclamaron á un tiempo algunos zegríes qué allí estaban, atraídos por las voces de los contendientes.

—¡Vive Alá! exclamó con descompasado acento Malique Alabez, moro de gran nombradía, abriéndose paso en el grupo formado alrededor de Muza y Abenamar. ¡Vive Alá, que á estos zegríes les hace falta una mordaza para que no pregonen su decantado linaje á cada paso, aturdiéndonos los oídos con su fiereza y alcurnia! Si descienden de los reyes de Córdoba, nosotros venimos de los de Marruecos y Fez, y del gran Miramolín; y así, punto en boca, caballeros, que mejor está callar ante quien no puede hacer alarde ni de alcurnia ni de valor.

—¡Qué me place! contestó encendido de coraje el zegrí. No deseaba sino este momento para dar una lección á esos abencerrajes presuntuosos.

Y al pronunciar estas palabras, puso mano á su alfanje.

—¡Por Mahoma, que gastan humos esos falderillos! Pero sabe, zegrí, que los abencerrajes siempre han lidiado con iguales fuerzas, y que yo, Malique Alabez, en nombre de toda la tribu, siguiendo su costumbre, no me batiré con vosotros; porque todos los que componeis el linaje zegrí sois poco para mí. Pero id con cuidado de aquí adelante, porque si no es fácil que sucumbáis, pisados cual reptiles, bajo las plantas de los abencerrajes.

—¡Mueran los abencerrajes!

—¡Mueran los zegríes!

Estas voces fueron acompañadas de movimientos hostiles por ambos partidos.

Algunos alfanjes habian salido de las vainas, y era de esperar un sangriento resultado, cuando el rey Chico hizo cesar el tumulto con una destemplada voz.

—¡Silencio, lenguas atrevidas! ¡Silencio! digo, que yo castigaré, cual se merece, tamaño desacato á mi persona. Guardias de palacio, venga un verdugo al instante, que juro por el Islam cortar la cabeza del que dé una sola voz, y clavarla, cual despojo de ave de rapiña, en la *Torre de la Justicia*.

Después añadió:

—Musulmanes, os declaro á todos prisioneros; deponed las armas. Este sitio os señalo por cárcel, mientras se os conduce á la torre que determine.

Todos entregaron sus alfanjes á los guardias del rey y permanecieron silenciosos.

Pero no así sus corazones, que ardían en deseos de vengarse.

La reina y las damas, asustadas, marcharon á sus aposentos.

Boabdil, despechado, salió á respirar las auras de sus bosques.

Tal fué el primer disturbio entre las tribus granadinas, que dió origen á tantas desgracias como se siguieron, y á la pérdida del reino.

Dos meses después de ocurrir estos sucesos, los zegríes que prendió el rey en su palacio fueron puestos en libertad, y los odios parecían apagados.

Muza habia salido con los abencerrajes á hacer algunas guerrillas con los cristianos de la Vega, y en una hermosa tarde, próximo el sol á su ocaso, se hallaba Boabdil en los *Aljares*, gustando las delicias de la pereza, recostado voluptuosamente en ricos cojines de Persia.

Espesos globos de humo salian pausadamente del tubo de una larga pipa de oro con boquilla de ámbar, que de cuando en cuando llevaba negligentemente á su boca.

—Alá conserve tus dias, poderoso rey, dijo un moro que entró en la sala seguido de otros, inclinándose ante Boabdil. El zegrí Mahomad desea tener una conferencia contigo, y pide se la concedas.

—Acércate, buen Mahomad, contestó el rey, dirigiéndose al anunciado. ¿Qué tienes que decirme? ¿Te debo alguna reparacion? ¿Has sufrido desman de algun súbdito mio?

—¡Plugiera al cielo que eso fuese, señor! Alá me es testigo de que si con mi sangre pudiese conjurar la tempestad que amenaza tu trono, y con mi honor lavar el tuyo de la mancha que le han arrojado, no me verías en este sitio con el corazon oprimido por las odiosas y vergonzosas nuevas que mi labio va á expresarte.

Incorporóse Boabdil al oír el tono sentencioso y las ambiguas palabras del zegrí.

—¡Por el Profeta! que me has llenado de confusiones, dijo, mirando firmemente á Mahomad. Expon desde luego el objeto de tu venida.

—Acabo de saber que los abencerrajes, enconados contra tí por los sucesos de la última fiesta, tratan en secreto, aliados con los gomeles y alabeces, de derribarte del trono, quitándote la vida.

—¡Por Alá! que la nueva no es muy grata, contestó el rey con majestad; pero si mal no recuerdo, creo que no es esto solo cuanto tenias que manifestarme. Dí lo restante.

—Es una materia muy grave, señor; y como el corazon humano está siempre dispuesto á juzgar mal, y pudiera tomarse este acto de adhesion y lealtad por un sentimiento de envidia y de rencor, no saldrá una palabra más de mi boca mientras

no se hallen presente el gomel Mahandon y missobrinos Mahomad y Alhamut, que están enterados del suceso.

—Admírame tanta ceremonia; mas puesto que es necesario, como dices, sea.

Y llamando á un esclavo, dió orden Boabdil para que inmediatamente compareciesen los nombrados por el zegrí.

No tardaron éstos en presentarse, y mandando el rey que nadie más entrase:

—Ya estás satisfecho, continuó dirigiéndose á Mahomad; abrevia tu explicacion.

—De púrpura se tiñe mi rostro solo al pensar en ello, y únicamente mi cariño á tí....

—Zegrí, te advierto que no quiero digresiones.

—Señor, la reina es adúltera....

Palideció Boabdil al escuchar estas palabras, quedándose como anonadado.

Pero reponiéndose instantáneamente, interrumpió al acusador, diciéndole irritado:

—¡Mientes, villano, mientes! Pruébame la verdad de esa acusacion ó ¡ay de tí!

—No temo tus arrebatos, prosiguió con impasibilidad el zegrí, pues cumplo con mi conciencia. Y cuando me he determinado á dar este repugnante paso, seguro estaré de cuanto digo.

Sabe, señor, que el último dia de zambra en Generalife, paseándome por la tarde con este caballero gomel por sus jardines, vimos debajo del ciprés más alto del *patio de las fuentes*.... ¡el alma se resiste á expresarlo!.... á la reina tu esposa, en amoroso deleite con el abencerraje Aben Hamet; y tan embebidos estaban en sus caricias, que no sintieron nuestros pasos. Ella decia....

—Basta, exclamó temblando de despecho el infeliz rey, la prueba, la prueba de eso que has dicho.

—Señor, yo lo he visto, respondió el gomel adelantándose, y aquella misma tarde lo referimos en secreto á los sobrinos del zegrí; ¿Es cierto?

—Sí, contestaron á un tiempo los tres moros.

Nada replicó Boabdil.

La rabia le hacia rechinar los dientes, y mesándose con furor los cabellos:

—¡Traidores! exclamó al fin con entrecortada voz. ¡Por mi fe de musulman juro á Dios que han de morir á mis manos uno por uno esos viles abencerrajes, y he de chupar la sangre de los adúlteros que así roban mi honor! Vamos, vamos á la ciudad, quiero sangre.... Me ahogo de coraje.... y necesito oír la voz de la venganza.

—Señor, exclamó el zegrí, si me fuera permitido hacerte presente....

—¡Qué! ¿Aun falta alguna otra infausta noticia?

—Considera que si te dejas llevar de ese ímpetu natural, te expones á perder el trono y quizás la vida. La reina tiene muchos partidarios, y el mismo Muley Hacén, tu padre, te perseguiría de muerte si cometieses un atentado contra Moraima. Además, los abencerrajes se pondrían en guardia uniéndose á los descontentos, y quedaria ilusoria tu venganza, pues serias nulo ó impotente.

—Tienes razón, buen zegrí; tus palabras mitigan mi arrebato. Pero en ese caso....

—¿Cuánto mejor seria, continuó Mahomad, sin hacer caso de la interrupcion del monarca, que yo acusara públicamente á la reina, y que, segun las leyes, se le concediera, ántes de ser quemada como pérfida adúltera, que buscara cuatro campeones dispuestos á sostener su inocencia? De este modo cum-

plias para con el mundo y se realizaba tu venganza. Moraima seria quemada. ¿Qué recursos tiene para buscar campeones? ¿Y quién habia de aceptar? Si por acaso el destino los hubiera, aquí estamos mis sobrinos y yo dispuestos á mantener lo dicho, y que no somos tan despreciables lanzas.

—¡Ah! Gracias, Mahomad; eres un buen musulman. Pero ¿y los abencerrajes? Y ese Aben-Hamet, ¿no ha de llevar su merecido?

—Para todo hay recurso, señor. Mañana mandas con gran sigilo á todos los abencerrajes y ese Aben-Hamet que se presenten uno á uno en palacio. Tienes un salon preparado con gente armada y un verdugo, y segun vayan entrando, que caigan sus cabezas al golpe del cuchillo. Pocos te se podrán escapar, pues hoy ha vuelto Muza con todos los que le acompañaron

Al dia siguiente fué acusada públicamente la reina de adulterio, dándole un término de quince dias para que buscasse campeones, debiendo morir quemada si no los encontraba, ó si vencian los mantenedores de aquella acusacion.

Tambien en aquel mismo dia quitaron la vida en una sala del «Patio de los Leones» á treinta y seis abencerrajes, y entre ellos á Aben-Hamet, no siguiendo esta carnicería por haber descubierto la traicion el paje de uno, quien comunicándola á Malique Alabez, corrió la voz de unos en otros, pudiendo libertarse los demas.